diaria, y procurando que el esmero tipográfico haga agradable y cómoda la lectura.

Ademas, he introducido en ellos cambios notables, variando á veces el texto ó anotándolo en donde lo necesitaba. Y como en una coleccion que lleva el título de *Tradiciones de México* hubiera sido imperdonable que no se mencionara la que se refiere á la *Vírgen de Guadalupe* y que es la primera y la mas popular de todas en México, he colocado en esta série y abrazando la mayor parte del presente volúmen, mi estudio inédito sobre la expresada tradicion, que me ha costado meses enteros de un trabajo asíduo, pero que juzgo de interés por enlazarse tanto, y de un modo tan constante la historia de este culto de la Vírgen mexicana, con la Historia de nuestro país. Tengo la creencia, de que aunque en una forma breve, ese estudio es el mas completo hasta aquí, de los muchos que se han publicado sobre el mismo asunto, y dá razon minuciosamente de la bibliografía guadalupana, tanto de España como de México, importante bajo todos conceptos. Ha sido de suma dificultad para mí obtener ejemplares de tantas y tan antiguas crónicas que son hoy escasísimas, y de que ninguna de nuestras bibliotecas posee una coleccion siquiera mediana.

Esta circunstancia, ya que no otra alguna, hará pues, recomendable, mi pequeño estudio.

Al presente volúmen, seguirán otros dos que completarán la série de estos artículos amparándose todos bajo la benevolencia de los lectores.

México, 1884.

Ignacio M. Altamirano.

I

El Señor del Sacro-monte.

Abandonemos en estos dias santos y por un momento, las calles de México, llenas de ruido y mostrando en la muchedumbre que las invade, todos los caprichos del lujo y todos los aspectos de la miseria. Dejemos sus fiestas monótonas y ya harto conocidas. En el kaleidoscopio de las diversiones y de los espectáculos de la gran ciudad ya no hay combinacion posible, ni agradable. Todo

está visto, todo está descrito, todo está saboreado.

Salgamos: busquemos otros cuadros de la vida mexicana, la emocion de lo desconocido; y dejándonos llevar blandamente por la nubecilla voladora de la imaginacion, escojamos un rumbo, el sud-este por ejemplo, para atravesar los campos y las cordilleras, para visitar los pueblos y las aldeas y mezclarnos en la vida íntima de las gentes sencillas que conservan algo de las viejas costumbres y la pureza típica de la antigua provincia, apénas modificada por las necesidades modernas.

Respiremos el aire oxigenado de las montañas que purifica el pulmon, y el placer de las alegrias campestres que purifica el espíritu. La primavera nos empuja de la ciudad, insoportable con sus casas convertidas en hornos hasta los cuales no llegan los vientos que juguetean en los prados, sino cabalgando furiosos en hipógrifos gigantescos de polvo y de miasmas deletéreos.

¡El campo! ¡la montaña verde! ¡los arroyos murmurantes! los sembrados que revisten las colinas y las primeras flores que enguirnaldan las praderas y las veras de los caminos; eso es lo que busca la vista fatigada en los calientes dias de Marzo, cuando se vive en la ciudad, como en una enorme cripta de piedra encendida al fuego blanco.

Salgamos: toda la gente corre á refugiarse entre los bellos jardines de San Cosme ó de Tacubaya ó en el magestuoso bosque de Chapultepec, á cuyo pié brotan los frescos manantiales que convidan al refrigerio.

Nosotros seguimos un rumbo opuesto, y dejando esta verdura occidental pequeña, como los oasis del desierto árabe, vamos en busca de bosques mas dilatados, de horizontes nuevos y de aspectos originales. ¡El Oriente y el Sur!

Un poco de paciencia para pasar el triste *velabrio* de san Lázaro en donde parece

que se han dado cita todos los despojos urbanos, todas las miserias de un proletarismo abundante y todas las fealdades de la vida antigua. Es el infierno en que se agitan el trapero, el mendigo y el perro desamparado; es el dominio de la *malaria* de México y el antiguo refugio de los desdichados, cuya vida ha pintado tan dolorosa y elocuentemente Xavier de Maistre.

Hoy el viejo edificio fundado por el buen doctor Pedro Lopez en 1575 para asilo de leprosos y la iglesia adyacente, están convertidos en fábrica y á pesar de eso, recuerdan con su aspecto ruinoso y triste una accion noble de los tiempos pasados. Hoy parecen enfermos en el abandono.

Sigamos: Una cosa moderna se levanta allí; la civilizacion ha venido á plantar su estandarte tambien en medio de ese rincon inculto y salvaje que parece la llaga de la gran metrópoli.

Es el ferrocarril.

Las estaciones se levantan airosas y ri-

sueñas, haciendo descansar la vista de tanta miseria y de tanto horror. La locomotora agita su penacho de humo y lanza su grito agudo y simpático que va á despertar al perro que duerme el sueño del hambre en el basurero y al mendigo que yace postrado en su lecho maldito como Job. Los wagones comienzan á mostrar allí sus brillantes colores y sus lujosos adornos y se mueven y se pavonean, fecundos en promesas de bienestar, como hadas benévolas, apareciéndose en la cabaña de una familia de pordioseros.

Habia sido ineficaz todo proyecto de dar vida á este barrio de san Lázaro; se moria, ó mas bien dicho, habia muerto.

El ferrocarril hará el milagro de resucitarlo, y san Lázaro saldrá de su sepulcro y se adornará con los arreos de la vida y de la circulacion. ¡Mayores prodigios ha realizado la taumaturgia del progreso moderno! Despues de san Lázaro, hay que atravesar llanuras estériles y tristes, siguiendo la di-

reccion de la vía férrea; hay que flanquear el dormido y cenagoso lago de Texcoco, dejándolo pronto á la izquierda; hay que mecerse sobre una série de pequeñas y achatadas colinas de forma volcánica, entre las que descuella el Peñon que muestra sus canteras rojizas, de las que ha salido uno de los mas fuertes y bellos materiales de construccion de que se ha hecho uso en México, y que se corona con sus fuentes termales que dan salud á los enfermos. Luego, siguiendo todavía al sud-este, hay que atravesar llanuras que comienzan á bordarse de pueblecillos y de sembrados, de haciendas y de grupos de árboles, á cuya sombra descansan las vacadas.

Ayotla se levanta en el camino con su pequeño y polvoroso caserío; allí se ofrecia á los antiguos viajeros que atravesaban en la diligencia para dirigirse á Puebla, sendos canastillos con los mejores higos de la comarca y enormes jarros de rica leche.

La magnífica cordillera oriental, de la

que se destacan magestuosos y gigantescos el Popocatepetl y el Ixtacihuatl, comienza á surgir imponente, limitando las estensas llanuras.

Tenango del Aire nos detiene un momento. Hasta allí llega todavía el ferrocarril de Morelos, que avanza con una rapidez sin ejemplo en la República. Dentro de breves dias, habrá salvado la zona de la tierra fria y penetrado en la tierra caliente, su punto objetivo. *

Desde Tenango del Aire, el camino serpentea entre arenales y sembrados de trigo hasta Ayapango, pueblecillo que dispersa sus casas humildes en los bordes de un riachuelo y que puede decirse que es un barrio de Ameca. Algunos pasos mas, y este último pueblo se presenta á la vista.

Pero el espectáculo, entonces, ha cambiado enteramente. Desaparecieron ya los llanos polvorosos y las colinas amarillentas,

* Este artículo se escribió en 1880. Hoy (1883) la vía llega hasta Yautepec.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

los sembrados simétricos y las haciendas y ranchos de aspecto triste. La temperatura desciende; un aire fresco, impregnado con los leves aromas de la vegetacion alpestre, baña nuestros semblantes; es el aire de las montañas, el aire puro y sano que agita la cabellera de los pinos, que juega en los ventisqueros y que va á levantar despues, en las llanuras de Tenango, torbellinos de arena. Llegamos á las primeras ondulaciones de la montaña gigantesca. El Ixtacihuatl primero y el Popocatepetl mas al Oriente, levantan hasta el cielo sus picos en que se quiebran y dispersan los rayos del sol. Despues, la masa entera de las dos montañas aparece grandiosa y admirable, entoldando todo el horizonte en medio de una atmósfera trasparente y limpia.

Ameca, ó mas bien Amecameca, es una poblacion antigua y que disfrutó de cierta importancia antes de la conquista, puesto que tenia un cacique y gran número de habitantes. Hoy es un villorio alegre y modesto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

Pertenece al Estado de México y es cabecera de Municipio. En el tiempo colonial hubo allí un convento de frailes domínicos, como en Tlalmanalco, pueblo muy cercano, hubo otro de frailes franciscanos, cuyas ruinas son notabilísimas y cuya antigüedad data del tiempo de la conquista.

Junto á Amecameca, frente por frente de los volcanes y pegado á la poblacion, se levanta un bellísimo cerro todo revestido de vegetacion, y en la cumbre del cual, hay un templo cuya cúpula se divisa entre las copas de los árboles.

Es el Sacro-monte, y en ese templo se adora una de las antiguas imágenes cristianas de México. Un Cristo conocido con el nombre del Señor del Sacro-monte ó el Señor de Amecameca, y al cual, los pueblos de toda la comarca profesan una especial veneracion.

Este Cristo tiene su leyenda y su historia, que se relaciona con la importante Historia de la predicacion del Cristianismo en México.

La leyenda popular cuenta, que el SEÑOR DEL SACRO-MONTE se apareció en ese lugar; que algunos arrieros, conduciendo imágenes que llevaban á los pueblos del Sur, perdieron una mula que cargaba precisamente la caja que contenia al Cristo, y que esta mula con su caja se encontró en la gruta que convirtieron en santuario los habitantes, bien convencidos de que el cielo les daba una señalada muestra de su voluntad de que el Señor permaneciera allí.

Estas y otras versiones corren de boca en boca, y han sido trasmitidas de padres á hijos por espacio de trescientos cincuenta años en aquellos lugares, y entre aquellos pueblos religiosos y sencillos.

La leyenda es respetable, aunque sea infundada; ella forma la historia primitiva de los sucesos y sirve de vínculo moral á los hombres en los tiempos que preceden á la civilizacion.

Pero no existen fundamentos escritos de semejante tradicion, ni en los archivos antiguos del pueblo, ni entre los vecinos; y así lo asegura mi excelente amigo y antiguo colega el padre Vera, cura actual de Amecameca y hombre entendido y erudito en materia de antigüedades, así como amante de la instruccion popular que él protege en su feligresía.

La historia del SEÑOR DEL SACRO-MONTE, es mas humana y fundada, y puede reconstruirse con los datos que nos presentan los escritores del siglo XVI.

Ella se roza enteramente con la vida de aquel misionero apostólico y santo que vino á la Nueva-España, como el jefe de los doce franciscanos, nó los primeros que habian venido que fueron los PP. Juan de Tecto, Juan de Aora y Pedro de Gante, pero sí de los que fundaron la Provincia del Santo Evangelio, tan fructuosa en buenos resultados para el cristianismo en estas regiones. Quiero hablar del P. Fray Martin de Valencia, gran amigo y protector de los indios, como todos sus compañeros, y modelo de virtudes.

El P. Fr. Gerónimo de Mendieta, uno de los historiadores mas autorizados del siglo XVI, al iniciarnos en los misterios de la vida de los misioneros franciscanos, nos suministra los datos bastantes para averiguar el orígen de aquella antigua y venerada imágen de Cristo.

Prefiero trasladar aquí las palabras del historiador. Ganarán en ello los lectores, porque el estilo suave, pintoresco y dulce del P. Mendieta, encanta verdaderamente.

Describe el cerro que se llama hoy el Sacro-monte.

"Tiene Amequemeca, dice, al cabo de su poblacion, entre el poniente y mediodia, un cerro cuasi de la forma piramidal del volcan, bien prolongado en altura, gracioso y acompañado de alguna arboleda, de cuya cumbre se señorea y goza toda aquella comarca, que es un valle muy fresco, situado (como dicho es), al pié del volcan y entre sus montañas y en lo alto, á un lado del cerro, habiendo subido por él como cuarenta ó cincuenta estados, poco mas ó menos, está una cueva formada de naturaleza en la viva peña de hasta quince piés de ancho y algo mas en largo, y ménos de alto, á manera de ermita, aparejada todo lo del mundo para convidar á su morada á los que tienen espíritu de vida solitaria. Y así este lugar era singular recreacion al espiritual siervo de Dios Fr. Martin de Valencia, y todo cuanto pudo lo frecuentó; tanto que por gozar de él, holgaba de morar en Tlalmanalco mas que en otro convento, y muy á menudo se iba allí, así por visitar y doctrinar á los indios de aquel pueblo que estaban á su cargo, como por recogerse y darse todo á Dios en aquella cueva, sin ruido de gentes y sin bullicio de negocios. Allí pasaba él con mucho rigor sus ayunos y cuarentenas; allí ejercitaba deveras sus acostumbradas penitencias; allí se le pasaban dias y noches en contínua oracion y meditacion de la pasion de Cristo crucificado, mortificando su carne con diver-

sos géneros de afliccion y castigo. Allí se cuenta que salia de la cueva á orar por las mañanas á una arboleda, y se ponia debajo de un árbol grande que allí estaba, y en poniéndose allí se hinchia el árbol de aves que le hacian graciosa armonía, que parecia le venian á ayudar á loar á su Criador. Y como él se partia de allí, las aves tambien se iban, y despues de su muerte nunca mas fueron allí vistas. Tambien se cuenta en su historia, que en aquel ermitorio le aparecieron al varon de Dios el padre san Francisco y san Antonio, y dejándolo en extremo consolado, le certificaron de parte de Dios que era hijo de salvacion. Los indios, que bien sabian en lo que el santo se ocupaba, estaban admirados de su austeridad, y recibian grandísima edificacion, y confirmaban en sus corazones la opinion que de su santidad tenian concebida por las demas virtudes que en él conocian y doctrina que les enseñaba, viendo que sus obras conformaban con las palabras de su predicacion evangélica muy á

la letra, y no dudando ser santo y escogido de Dios."

¡Qué bella descripcion y qué dulce cuadro! qué gracia infantil é inocente tienen sirviendo de fondo al retrato de un hombre tan bueno, tan manso y tan benéfico como Martin de Valencia, esos galanos árboles del monte, esos coros de aves del cielo y esos grupos de indios dejándose subyugar dócilmente por la influencia de la virtud y de la palabra evangélica! ¡Cómo no querer á esos frailes de los primeros tiempos de la conquista que se interponian entre la saña del conquistador y la actitud inerme del vencido! ¡Cómo no amar á esos hombres animados verdaderamente del espíritu cristiano de los primeros tiempos, que venian resueltos á hacer del indio su amigo y á atraerlo al sendero de la civilizacion con los tiernos lazos de la fraternidad y de la virtud!

Estos frailes si no son santos para nosotros, sí, son los primeros amigos de los